

EL CAUDILLISMO Y SUS INTERPRETACIONES:  
UN ANALISIS SOBRE UN FENOMENO COMUN  
DE LA HISTORIA DE AMERICA LATINA EN EL SIGLO XIX

Reiko Tateiwa

Introducción

El caudillismo es un fenómeno político y social que prevaleció acentuadamente a lo largo del siglo XIX en América Latina. Fue una forma de dominar un país en la cual la fuerza primordial recaía en el caudillo, un líder carismático. Se trataba de un hombre que ganaba la legitimidad política y el apoyo popular gracias a su magnetismo personal con el respaldo de la élite económica, de modo que adquiriría un poder absoluto y lo ejercía hasta tal grado que parecía adueñarse del país.

El interés por estudiar los caudillos hispanoamericanos y así definirlos ha sido uno de los grandes temas y retos para los historiadores que tratan la región. Los contemporáneos de los caudillos los consideraron como héroes o bien, los rechazaron por ser tiranos. En 1932 Charles E. Chapman publicó un artículo definiendo el siglo XIX como la época de los caudillos. En su artículo planteó dos preguntas: ¿quiénes son, o eran, los caudillos? y ¿en qué época cobran su importancia? Su conclusión fue "I don't know, and neither does anybody else."<sup>1</sup> Así hizo el llamamiento preliminar para abordar el tema como un objeto de estudio para la historia latinoamericana. A partir de entonces los historiadores se han empeñado en desmitificar a los héroes y reevaluar los desprestigiados. Al mismo tiempo, el tema se ha extendido a los campos sociológico y psicoanalítico, ofreciendo diversos temas de análisis como machismo, compadrazgo y carisma. Los análisis de orientación política o de pensamiento político abundaron para encontrar en el caudillismo una clave para comprender los regímenes autoritarios de América Latina del siglo XX. También la literatura novelística contribuyó a dibujar vivas imágenes de los caudillos. Por su parte, los historiadores lograron precisar su base de poder: la relación

con la élite económica. Con todo esto, todavía en 1992 Guy P. C. Thompson acusó a los historiadores de negligentes por no avanzar y profundizar el estudio sobre los caudillos <sup>2)</sup>. Esta crítica tan severa es probablemente acertada si tomamos en cuenta el hecho de que el artículo de Chapman sigue formando parte de la bibliografía básica del estudio sobre el caudillismo <sup>3)</sup>. El estudio sobre los caudillos, entonces, sigue en pie para hilar la historia de los caudillos en encuadernar las fragmentadas historias del siglo XIX de América Latina en un contexto global <sup>4)</sup>.

¿Cuándo y cómo nació el caudillismo? ¿En qué circunstancias y por qué razón apareció el caudillo en el escenario latinoamericano? ¿Cuáles fueron sus funciones, aportaciones y límites en el proceso histórico de América Latina? Estas son las dudas que dan pasos a este trabajo. No es nuestro objeto apuntar las diferencias entre uno y otro caudillo, sino tratar de encontrar los puntos comunes entre ellos en un contexto histórico limitado: la América Latina del siglo XIX, época posterior a la independencia, en la que estos hombres cumplieron una función doble y paradójica: dominar el país como si fueran monarcas y frustrar los intentos constitucionales.

En el presente trabajo, tras una breve aclaración acerca del término "caudillismo" o "caudillo", estudiaremos el origen y la formación del caudillismo en base a una revisión de las interpretaciones que se han venido realizando <sup>5)</sup>. Después analizaremos la tesis presentada por John Lynch, la más reciente y renovadora <sup>6)</sup>. Finalmente, a modo de conclusión, pondremos en relieve los problemas aún no resueltos sobre el tema en cuestión.

## I. El concepto del caudillismo

La palabra "caudillo" puede ofrecernos una amplia variedad de imágenes y significados: jefe, militar, terrateniente, político, dictador, etc. <sup>7)</sup>. Antes de abordar el tema, será conveniente y necesario definir lo que debemos entender por el caudillo al que nos referimos en este trabajo.

La palabra "caudillo" proviene del latín, "capitellum", y significa "cabecilla". El Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española define el caudillismo como sistema de caudillaje o gobierno de un caudillo. A ésta se le dan dos significados: 1) el que como cabeza, guía y manda la gente de

guerra, y 2) el que dirige algún gremio, comunidad o cuerpo<sup>8)</sup>. El caudillo es, pues un dirigente.

En el siglo XVI a los conquistadores se les llamaban caudillos. Al comienzo del siglo XIX, el gobierno virreinal utilizaba el término "caudillo" para referirse a los que sublevaban en su contra. De ahí que muchos de los héroes de las guerras de independencia como Santiago Liniers (1753-1810) de Buenos Aires, José Tomás Boves (1782-1814) de Venezuela, José Miguel Carrera (1785-1821) de Chile y Vicente Guerrero (1783-1831) de México acentuaron el carácter militar del caudillo. La siguiente descripción nos proporciona, aunque no de manera completa, las connotaciones del mundo del caudillo:

"Los elementos de la fidelidad, la hospitalidad y la entrega juramentada tuvieron que dar apoyo no solamente al orden militar, sino a la entera vida pública, que tendría que esquematizarse sobre la imagen bélica<sup>9)</sup>."

Es necesario, por otro lado, precisar que el término "caudillo" no es sinónimo de "cacique" ni de "dictador" en nuestro contexto. El primero, "kassequa" en la lengua arawak, se usó en España para referirse a una persona con influencia<sup>10)</sup>. Mientras que en América Latina éste se aplicó para los líderes que actuaron a nivel regional, reservando el término "caudillo" para aquellos que intervinieron a nivel nacional<sup>11)</sup>. El de "dictador", sin embargo, se refiere a un tipo de caudillo políticamente institucionalizado en el contexto latinoamericano. A diferencia de éste, el caudillo no requiere necesariamente de una oficina presidencial. No era un líder nacional electo sino de facto.

## II. El origen del caudillismo

Los historiadores han tratado el tema haciendo énfasis en encontrar su origen. Fijar el comienzo del caudillismo es importante ya que la forma en la que suelen elegirse los líderes nos ilustra de manera eficaz la organización social y la cultura política de una sociedad. Se podrían resumirse en tres tipos de interpretación los argumentos acerca de la formación histórica de este fenómeno particular a América Latina. El primero intenta situar su origen en las mentalidades de la monarquía española; el segundo, en el periodo colonial y

el último, en las guerras de independencia.

## 2.1 La herencia ibérica

Chapman precisó que el antecedente esencial del caudillismo del siglo XIX se debía de buscar en el carácter de los inmigrantes españoles<sup>12)</sup>. Según él, los conquistadores, contemporáneos del régimen absolutista, transplantaron la forma del liderazgo más conocida por ellos. También, nos hizo notar que la fácil asimilación al sistema absolutista por parte de los aborígenes, se debió a que ellos conocían un régimen similar en sus tribus primitivas<sup>13)</sup>.

Por su parte, Richard M. Morse encuentra su origen en las políticas llevadas a cabo por los Reyes Católicos. Considera que la dominación española sobre el Nuevo Mundo estaba basada en dos factores: la unidad espiritual, filosofía tomista de la reina Isabel en la política doméstica, y la política práctica, filosofía maquiavélica de Fernando el Católico en Italia. La crisis política de 1808 en la metrópoli puso fin a la unidad del imperio español y éste no pudo restaurarse aún con el retorno de Fernando VII en 1814. He aquí el límite del ideal isabelino y, en su lugar, entra en función el régimen fernandino o maquiavélico. A través de una analogía entre la anarquía política a la que se estaban enfrentando las colonias hispanoamericanas a principios del siglo XIX con la situación caótica de las Estado-ciudades italianas de la época de Maquiavelo, Morse concluye que el desequilibrio entre lo espiritual y lo político permitió el surgimiento de los tiranos en Italia y los caudillos en América Latina. En 1808, al desaparecer el elemento unificador, el monarca, los caudillos salieron desordenadamente a la escena histórica en búsqueda de oportunidades<sup>14)</sup>.

Tanto Chapman como Morse concibieron el caudillismo como un sistema político de América Latina que más tarde se consolidaría en los partidos políticos. Esta afirmación, desde luego, resulta atrevida ya que descarta automáticamente los avances políticos y sociales que ha experimentado América Latina a partir del fin del reinado de los Reyes Católicos.

## 2.2 La herencia colonial

William H. Beezley observó el surgimiento de los caudillos como consecuencia de la dualidad política llevada a cabo por los virreyes coloniales, muy bien conocida con la frase de "Obedezco, pero no cumplo"<sup>15)</sup>. Las colonias

americanas estaban gobernadas a nombre del rey y la religión cristiana y, en efecto, por la habilidad y ambición de los virreyes sobre quienes recaían los poderes administrativo, político, judicial y militar. De acuerdo con Beezley, las reformas borbónicas produjeron el regionalismo en los virreinos y éste impulsó a que cada sociedad se organizara en unidades locales. Las consecuencias desastrosas de las guerras de independencia, la ausencia de una autoridad, la economía y la demografía en declive y el localismo en aumento, dieron a los pueblos la oportunidad de unirse y organizarse en una unidad familiar: una relación económica y local que giraban en torno a los caudillos, dándoles así una posición de clan.

Según Beezley, aparte de las cualidades naturales que debe poseer un líder, los caudillos utilizaron la Iglesia, el ejército, los grandes terratenientes y la dicotomía ideológica como instrumentos para acumular su poder. Estos hombres eran adictos al poder absoluto y deseosos de convertirse en el hombre indispensable con mayor influencia en la vida nacional<sup>16)</sup>. Su dominio se basaba en personalismo, uso de violencia, legitimidad frágil y equilibrio entre las instituciones corporativas. Eran frecuentes la irregularidad, interrupción e incongruencia en su política. Con todo, esto no debilitaba su posición ni disminuía su poder.

La caída de la monarquía española en 1808 relajó la concentración del poder, el dominio excesivo por las leyes y el debate ideológico. Los hombres hábiles tomaron la oportunidad en estas circunstancias y con la fuerza militar adquirieron su poder y legitimidad. No obstante, su límite estaba en ellos mismos. Beezley precisa que la gente comenzó a aborrecer al monopolio del poder por una persona y de tal sentimiento se generó el nacionalismo que desplazaría al caudillismo. Además, junto con esto, la industrialización, la institucionalización del ejército y la asimilación de los valores civiles por la sociedad, hicieron disminuir y, finalmente, desaparecer dicho fenómeno<sup>17)</sup>.

Aunque fijó un ciclo histórico del caudillismo, Beezley no acabó de explicar, como los autores anteriores, la razón por la que los caudillos asumen un papel activo tras la independencia: época caótica en la que paralelamente se comenzaba a dar avances constitucionales para edificar una nueva nación; de modo que los caudillos difícilmente pudieron haber prevalecido a lo largo del XIX por ser simplemente oportunistas. Habría que observar, por un lado, los intereses u objetivos que ellos perseguían y, por el otro, lo que sus

contemporáneos buscaban en ellos.

### 2.3 El producto de las guerras de independencia

A diferencia de las dos interpretaciones anteriores, John Lynch define el caudillismo como producto nacido del proceso revolucionario de las guerras de independencia<sup>18)</sup>. Para él, el caudillismo, siendo uno de los elementos peculiares de América Latina, no forma parte de la herencia hispánica.

De acuerdo con su tesis, las estructuras económica y social que fueron formándose y consolidándose en la sociedad colonial produjeron fricciones inevitables entre grupos económicos, raciales y regionales y éstos comenzaron a organizarse bajo líderes. No obstante, todas estas tensiones estaban contenidas, incluso absorbidas, y controladas dentro del mecanismo imperial cuya autoridad y legitimidad eran indiscutibles. Cuando se derrumbó este sistema en 1808, quedó un vacío político que había que llenar y crear un nuevo orden. Frente a este vacío, sin indicación alguna sobre la forma de sucesión del poder, los caudillos encontraron el espacio para actuar.

Puesto que el curso de las guerras de independencia variaba según las regiones; también ocurría lo mismo con los tipos de caudillo. Pese a esto, según Lynch, los caudillos debían poseer los siguientes requisitos: base económica, proyecto político y apoyo social, elementos que estuvieron destinados al monarca durante el periodo colonial<sup>19)</sup>. Los caudillos, entonces, no eran legados del mundo hispánico; pero sí lo eran sus facultades depositadas en ellos por el pueblo y asumidas por ellos mismos en un momento de transición política. Asimismo esta interpretación parece ofrecernos una base mucho más convincente que las otras para comprender los complejos sucesos políticos que trazaron los países latinoamericanos durante el siglo XIX.

## III. En torno a la tesis de Lynch

Los caudillos, por consiguiente, aparecieron en la historia de América Latina como líderes locales al iniciar las guerras de independencia. Las guerras y la inestabilidad política que siguió después contribuyeron a que éstos se convirtiesen en los héroes militares<sup>20)</sup>. Lynch destaca a tres de ellos con el fin de extraer los elementos vitales y comunes entre los caudillos del siglo

XIX: Juan Manuel de Rosas (1829-1852) de Argentina, José Antonio Páez (1830-1850) de Venezuela y Antonio López de Santa Anna (1821-1855) de México<sup>21)</sup>. Según nuestro autor, el éxito de la carrera de un caudillo depende de su habilidad para ser un líder regional y militar y, más aún, de un pacto efectivo en términos político y económico con la élite<sup>22)</sup>. Ahora haremos un estudio, aunque somero, de la interpretación planteada por Lynch sobre los puntos claves del caudillismo: base económica, proyecto político y apoyo social.

### 3.1 La relación patrón-cliente

Primeramente, el caudillismo está fundado en la relación desigual de patrón-cliente<sup>23)</sup>. Como una forma de organización económica y social ésta se desarrolló durante el periodo colonial en las haciendas, plantaciones y estancias. El patrón administraba estos centros de producción y proporcionaba subsistencias a sus peones. El amo los armaba para defender sus propiedades y, en cambio, los peones cultivaban la tierra y le prometían lealtad y obediencia. Así el caudillo disponía de los recursos tanto económicos como humanos que habían sido arruinados por las guerras de independencia.

Juan Manuel de Rosas formaba parte de la élite económica de Buenos Aires. Era administrador de sus propiedades y, además, jefe de los estancieros y, por lo tanto, representaba y defendía los intereses de la élite. José Antonio Páez y Antonio López de Santa Anna también encajan en este esquema: Páez con los llaneros y Santa Anna con los agiotistas. Siendo dueño de grandes propiedades en la llanura, Páez obtuvo el dominio de las tierras tradicionales de la oligarquía y se convirtió en exportador con éxito. El oficial realista Santa Anna, por su parte, provenía de la clase criolla privilegiada y era dueño de varias fincas. Ejercía su influencia sobre el puerto de Veracruz, el más importante del país, y de ahí que favorecía, por ejemplo, con el manejo de los aranceles comerciales a los agiotistas quienes eran dueños del capital inmediato tan escaso en el país<sup>24)</sup>.

De acuerdo con el análisis de Lynch, específicamente a partir de 1830, el caudillo dejó de ser patrón y la élite económica llegó a ocupar su papel del patrón. Anterior a 1830 este grupo económico respaldaba al caudillo para que éste se sublevase en contra del gobierno con el fin de que las fuerzas políticas imperantes no se concretasen. Una vez consolidado el poder, el caudillo favoleció a la élite ofreciendo una estabilidad económica. Con esto, el

caudillo controlaba y contenía, al mismo tiempo, el descontento social de mejor manera. Este mecanismo ilustra debidamente el cambio de posición de federalista a unitario en Rosas, la separación de Venezuela de Gran Colombia realizada por Páez y los planes aparentemente inconsistentes, liberal y conservador alternativamente, de Santa Anna. Uniéndose a la élite económica, el caudillo permaneció en el poder a pesar de sus políticas cambiantes y contradictorias. Así mantuvo su caudillaje hasta que la élite se vio obligada a romper esta dependencia mutua cuando las demandas del mercado internacional exigieron un giro en la orientación económica.

### 3.2 La visión política de los caudillos

En el escenario latinoamericano del siglo XIX el caudillismo es generalmente interpretado como la antítesis del liberalismo o la causa principal de su fracaso. No obstante, Lynch advierte que los caudillos abrazaban decididamente la causa republicana ya que sus ideas políticas obedecían, de una manera u otra, a los intereses de la élite económica<sup>25)</sup>. La conservación del dominio económico se manifestó a través del libre comercio en Argentina, de la exclusividad de sus puertos comerciales en Venezuela, y en la resistencia a una posible anexión por parte de los Estados Unidos en el caso de México. Los caudillos convinieron a la élite en sus respectivas políticas, por lo que Lynch tiende a ser negativo en pensar que estos hombres actuaban de acuerdo con ciertas orientaciones ideológicas. Para él, el caudillo constituye un instrumento político de la élite y presenta proyectos políticos que no eran propios de su convicción política<sup>26)</sup>.

Rosas, aunque comenzó su carrera política en el partido federalista y lo abandonó al subir al poder. Permitió la hegemonía del puerto de Buenos Aires y así actuó como unitario<sup>27)</sup>. Con todo, este cambio de actitud política de Rosas no necesariamente significa la falta de convicción política. Para Rosas el federalismo parecía ser una fase indispensable para construir una república centralista. La idea expresada abajo podría servirnos, por lo menos, para demostrar que el caudillo, aunque favorecía a la élite económica, tenía algunas ideas propias para gobernar.

"Obsérvese que una república federativa es lo más quimérico y desatroso que pueda imaginarse, toda vez que no se componga de Estados bien organizados en sí mismos, porque conservando cada uno su soberanía



e independencia, la fuerza del poder general con respecto al interior de la república, es casi ninguna, y su principal y casi toda su investidura, es de pura representación para llevar la voz a nombre de todos los Estados confederados en sus relaciones con las naciones extranjeras; de consiguiente si dentro de cada Estado en particular, no hay elementos de poder para mantener el orden respectivo, la creación de un gobierno general representativo no sirve más que para poner en agitación a toda la república a cada desorden parcial que suceda, y hacer que el incendio de cualquier Estado se derrame por todos los demás ...<sup>28)</sup> "

Asimismo se angustiaba por gobernar el país:

"¿De dónde se sacarán los que hayan de dirigir toda la república? Habremos de entregar la administración a ignorantes, aspirantes, unitario, y a toda la clase de bichos? ... Hay tanto que decir sobre este punto que para sólo lo principal y más importante sería necesario un tomo que apenas se podría escribir en un mes<sup>29)</sup> ."

Estas palabras de Rosas, evidentemente lejos de concretarse en un proyecto político, dejan ver, por lo menos, sus ideas propias sobre la política que debía de seguir el país y la responsabilidad política que él mismo asumía voluntariamente.

### 3.3 El apoyo popular

El caudillo era tirano para la oposición política y guardián de la riqueza para la élite económica. También era jefe supremo para los soldados y héroe para el pueblo. Es evidente que el caudillo gozaba de una amplia aceptación popular.

Hombre de la llanura, Páez no sabía leer ni escribir. Se empeñó en educarse y aprender a vivir como un hombre civilizado, pero nunca pudo dejar de ser llanero, por lo que no podríamos estar seguros de sus tendencias ideológicas. No obstante, con su brillante carrera militar a partir de la batalla de Carabobo había ganado un fuerte clamor por parte del pueblo venezolano. Su legitimidad popular llegó a convertirse hasta en una amenaza para la subsistencia de la Gran Colombia y obligó a Simón Bolívar a escribir a Páez lo siguiente:

"Por mi parte sólo ruego a Vd. una cosa: que me comunique con toda

franqueza todo lo que Vd. piense o quiera ejecutar en estas circunstancias, ... debemos formar una liga más sincera y cordial entre Venezuela, Vd. y yo <sup>30)</sup> ."

El propio Bolívar observaba la influencia que podía ejercer este caudillo para consolidar la independencia venezolana y lo persuadía a seguir en el poder. Bien sabía la falta que hacía a un pueblo políticamente inmaduro para edificar la nueva nación.

"... no convendré con Vd. en que debe dejar el mando luego que yo lo deje, pues entonces es Vd. más necesario que nunca en Venezuela<sup>31)</sup> ."

El acercamiento entre el caudillo y el pueblo se ve confirmado en el caso de Santa Anna. Este caudillo mexicano tenía un apoyo incondicional del pueblo, sobre todo, de los habitantes de su tierra natal de la región de Veracruz: los jarochos. Estos se divertían en las celebraciones populares junto a él y lo veían como un gran paisano, aunque estuviera en la capital o en el destierro, o si fuera presidente o traidor. Según Lucas Alamán, historiador que presenció "la época de Santa Anna", este caudillo tenía:

"Conjunto de buenas y malas calidades; talento natural muy claro, sin cultivo moral ni literario; espíritu emprendedor, sin designio fijo ni objetivo determinado; energía y disposición para gobernar oscurecidas por graves defectos; acertado en los planes generales de una revolución o una campaña, e infelicísimo en la dirección de una batalla, de las que no ha ganado una sola; habiendo formado aventajados discípulos y tenido numerosos compañeros para llenar de calamidades a su patria, y pocos o ningunos cuando ha sido menester presentarse ante el cañón francés en Veracruz, o a los rifles americanos en el recinto de México ...<sup>32)</sup> "

Efectivamente Santa Anna se sublevaba con facilidad en contra del poder existente y una vez en el poder, él se ausentaba de la oficina presidencial. "Como presidente era un fracaso total. Como general perdió casi todas sus batallas importantes. Como caudillo estaba siempre ahí cuando era llamado, pero frecuentemente ausente cuando era necesitado<sup>33)</sup> ." Con todo, todavía en 1853 fue recibido triunfalmente en México cuando volvió de su exilio en Colombia, donde se refugió tras la desastrosa consecuencia de la guerra con los Estados Unidos, para asumir la presidencia del país. Su retorno al poder fue motivado por el

mismo gobierno que no encontraba otra persona más que a él para ejercer el control sobre el país. "¿Qué traía ese hombre en quien las masas populares ... se empeñaban en ver como un Mesías? <sup>34)</sup> "

Aclarar el magnetismo que tuvieron los caudillos con la masa popular es un punto vital para comprender el fenómeno del caudillismo. No obstante, ni Lynch ni otros autores han aclarado el contenido de la "magia" del caudillo que influía sobre el pueblo<sup>35)</sup> .

### A modo de conclusión

Los líderes centrípetos con poder y talento militar han existido no sólo en América Latina del siglo XIX sino en cualquier otra sociedad en todos los tiempos. Lo que hace resaltar la peculiaridad de éstos en el contexto latinoamericano son, definitivamente, las condiciones y ambientes que los produjeron y formaron en el inicio de la vida independiente de la región.

Durante este periodo los países recién independizados de España experimentaron la transición de la colonia al Estado-nación a base del liberalismo. Los esfuerzos republicanos liberales se destinaron a múltiples tareas: redactar la constitución, reducir los fueros y privilegios de las instituciones corporativas, examinar las políticas fiscal y arancelaria para sanear el estado financiero y promover el desarrollo comercial. Todos estos esfuerzos con frecuencia eran interrumpidos por los caudillos con o sin el mando presidencial.

De hecho, el proceso de establecer el liberalismo y de aumentar el poder autocrático de los caudillos fue paralelo. No obstante, los pasos políticos del caudillo no pretendieron obedecer al constitucionalismo sino a los intereses del grupo económico y, por tanto, los intentos liberales se veían muchas veces frustrados. El caudillo, por su parte, respondió a las tensiones sociales, aunque con medidas violentas, puesto que él se autóafirmaba como protector de la nueva nación. Recordemos, nuevamente, nuestra pregunta: ¿En qué circunstancia y por qué razón apareció el caudillo en el escenario latinoamericano?

No hay que olvidar que en el siglo XIX el pueblo buscaba un consejero, un guía, un líder, un protector, un patriarca. Estos eran las funciones que se le exigieron al caudillo<sup>36)</sup> . El pueblo lo aceptaba con brazos abiertos ya que su

poder personal parecía inspirar la fuerza, la energía y la confianza que resultaba más convincente que la protección teórica de la constitución<sup>37)</sup> . Como advertía Bolívar ya en 1815 el pueblo no estaba aún preparado para llevar una vida política con nuevos valores:

"No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehusó la monarquía mixta de aristocracia y democracia ... <sup>38)</sup>."

Retrospectivamente, el caudillismo fue el bastión de la conservación de la soberanía de las nuevas naciones de América en el siglo XIX. Intensificó la unificación interna a costa del avance político e ideológico, satisfizo las exigencias económicas de la élite y respondió al clamor de la sociedad. Recordemos que "... los caudillos cambian, como lo hace la gente a la que ellos dominan, y tienden a adaptarse ellos mismos a la opinión pública al menos que no chocara con sus propios intereses<sup>39)</sup> ". Será trascendental, sin duda, examinar próximamente la razón por la que el pueblo buscaba un caudillo y se identificaba con él para comprender mejor el papel que asumió el caudillo a lo largo del siglo XIX.

#### NOTAS

1) Charles E. Chapman, "The Age of the Caudillos: A Chapter in Hispanic American History", *Hispanic American Historical Review*, vol. 12 (1933), pp. 281-282.

2) Thompson, Guy P. C., "Nineteen-century Latin American Caudillismo" en David G. LaFrance y Errol D. Jones (ed.), *Latin American Military History*, Garland Publishing, New York, 1992, p. 104.

3) Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. III, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 870.

4) En cuanto a la bibliografía detallada sobre el caudillismo, véase Hugh M. Hamill, *Caudillos: Dictators in Spanish America*, University of Oklahoma Press, Norman, 1992, pp. 349-357. Este análisis bibliográfico es cronológicamente extenso y abarca diversos campos que tratan el tema de caudillismo; Leslie Bethell (ed.), *op. cit.* pp. 869-871. Este, aunque no ofrece las biografías individuales de los caudillos, es una guía sumamente útil para estudiar las relaciones del poder en el siglo XIX en América Latina. Estas obras pueden ser complementadas con otros trabajos como Thompson, *ibid.*, pp. 124-187; Charles E. Chapman, "List of Books Referring to Caudillos in Hispanic America",

Hispanic American Historical Review, vol. 13 (1933), pp. 143-146.

<sup>5)</sup> Para la selección de los estudios, revisamos, hasta lo posible, los estudios que se han publicado a partir de la aparición del artículo de Chapman en 1932 y que tratan el tema como un factor que engloba la historia de América Latina particularmente del siglo XIX.

<sup>6)</sup> John Lynch, Caudillos in Spanish America, 1800-1850, Claredon Press, Oxford, 1992. Sobre esta obra Hugh Hamill comentó que, aunque él está básicamente de acuerdo con las ideas de Lynch, sugirió que ésta podría haber sido más enriquecedora si se hubieran tomado en cuenta factores como machismo, carisma y compadrazgo. Véase Hugh Hamill, Hispanic American Historical Review, (febrero, 1994), pp.153-154.

<sup>7)</sup> Véase, por ejemplo, el empleo de la palabra "caudillismo" en la política internacional actual en "Caudillismo", TIME, (15 de mayo de 1995), pp. 28-29.

<sup>8)</sup> Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, 21.ª edición, Escasa Calpe, Madrid, 1992.

<sup>9)</sup> Juan Beneyto, Historia de la administración española e hispanoamericana, Aguilar, Madrid, 1958, p. 61.

<sup>10)</sup> Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, Escasa Calpe, Madrid, 1729.

<sup>11)</sup> Hamill, op. cit., pp. 30-31; Lynch, op. cit., p. 6.

<sup>12)</sup> Chapman, ibid., pp. 286-287.

<sup>13)</sup> Ibid.

<sup>14)</sup> Richard M. Morse, "Political Theory and the Caudillo" en Hamill, op. cit., p. 78.

<sup>15)</sup> William H. Beezley, "Caudillismo: An Interpretive Note", Journal of Inter-American Studies, vol.11, (julio, 1969), pp. 345-352.

<sup>16)</sup> Beezley, op. cit., pp. 349-350.

<sup>17)</sup> Ibid., p. 352.

<sup>18)</sup> Lynch, op. cit. p. 33.

<sup>19)</sup> Ibid., p. 4.

<sup>20)</sup> Ibid., p. 403.

<sup>21)</sup> Las fechas indican el periodo en el que estos caudillos aparecieron como caudillos en la historia. En su libro Lynch analiza a Rafael Carrera (1837-1865) de Guatemala para mostrar una variación del prototipo de caudillo puesto que tanto el proceso de la independencia guatemalteca como la carrera de él lo podría colocar al margen de la mayoría de los caudillos. Véase Lynch, ibid., p. 365.

<sup>22)</sup> Ibid., p. 237.

<sup>23)</sup> Ibid., p. 5.

<sup>24)</sup> Véase la investigación publicada por Barbara A. Tenenbaum, México en la época de los agiotistas, 1821-1857, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1985.

<sup>25)</sup> Ibid., p. 5.

<sup>26)</sup> Ibid., p. 237.

<sup>27)</sup> Ibid., pp. 250-251; Juan Manuel de Rosas, El pensamiento político de Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, Platero, 1970, p. 69.

<sup>28)</sup> Rosas, ibid., p. 73.

<sup>29)</sup> Ibid., p. 74.

<sup>30)</sup> Simón Bolívar, Obras completas, tomo V, Maveco de ediciones, S.A., Madrid, 1984, p. 384.

<sup>31)</sup> Ibid., p. 320.

<sup>32)</sup> Lucas Alaman, Historia de Méjico, tomo V, México, Imprenta de J. M. Lara, 1852, pp. 688-689.

<sup>33)</sup> Lynch, op. cit., p. 362.

<sup>34)</sup> Enrique Krauze, Siglo de caudillos: Biografía política de México (1810-1910), Tusquets, México, D.F., 1994, p. 139.

<sup>35)</sup> Lynch. op. cit., p. 351. También véase, por ejemplo, Leonardo Pasquel, Antonio López de Santa Anna, México, Instituto de Mexicología, 1990, p. 138.

<sup>36)</sup> Burns, E. Bradford, The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century, University of California Press, Berkley, 1980, p. 91.

<sup>37)</sup> John Lynch, Hispanoamérica 1750-1850: Ensayos sobre la sociedad y el Estado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987, p. 101.

<sup>38)</sup> Simón Bolívar, op. cit., tomo I, p. 170.

<sup>39)</sup> Chapman, op. cit., p. 283.